



MICHAEL WHITE

EL SECRETO DE LOS MEDICI

Un viaje vertiginoso que llevará a los protagonistas de los canales y criptas escondidas de la Florencia del s. XV a la Venecia de hoy en día.

El secreto de los Medici



El secreto de los Medici

Michael White

Traducción de
Inés Belaustegui

Rocaeditorial

Título original inglés: *The Medici Secret*
Copyright © 2008 by the White Family Trust

Primera edición: marzo de 2010

© de la traducción: Inés Belaustegui
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-059-5
Depósito legal: M. 2.232-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Carole

Capítulo 1

Floencia, 4 de noviembre de 1966

Cuando el vigilante de la Capilla Medici, Mario Sporani, abrió de golpe los ojos a las cinco menos cuarto de la mañana y oyó el estrépito de las contraventanas de su habitación golpeando contra el muro del edificio, creyó que el mundo había tocado a su fin. Se despertó de inmediato, totalmente despejado, y de pronto se le vino a la mente un pasaje del Apocalipsis: «Y la serpiente escupió agua por la boca como un río, tras la mujer, para que la riada la arrastrase».

9

Por un instante pensó que estaba atrapado en una vívida pesadilla. Pero en ese momento las contraventanas de madera se cerraron con una fuerza tal que el cristal de la ventana del dormitorio se hizo añicos, y los brillantes fragmentos salieron despedidos por la habitación. La lluvia azotaba el edificio con tanto ahínco que Mario creyó que la vieja piedra iba a deshacerse y que la estructura entera podría desmoronarse. Eso no lo estaba soñando, ni mucho menos.

En un periquete había salido de la cama y tiraba de su mujer, Sophia, para sacarla por la puerta y acudir con ella al dormitorio del crío, al final del pasillo. Oía el llanto del niño por encima del caos de la tormenta. Sophia sacó al bebé de su cunita y trató de calmarlo.

—Sophia, llévate a Leo al cuarto de atrás y quedaos allí, cierra las contraventanas y asegúralas bien. Ahora os llevo una manta y una linterna. Luego tengo que ir a la capilla.

—Pero Mario, no puedes salir con la que está cayendo.

—Tengo que ir —repuso él—. Sólo Dios sabe los daños que se han producido ya. El panteón podría inundarse, y los cuerpos...

Salió por la puerta. Al poco rato regresó con un biberón para el niño, una linterna, un poco de pan y la colcha de su cama de matrimonio. Mario besó a su mujer y al niño, dio media vuelta y salió deprisa, cerrando bien la puerta con llave antes de echar a correr a toda velocidad por el pasillo del edificio, bajar como una flecha la angosta escalera de madera —tan oscuras que apenas podía distinguir los escalones— y cruzar el pasillo que llevaba al portal.

Al descorrer el pestillo, el vendaval entró con furia en el vestíbulo y a punto estuvo de derribarle. Dejó la puerta sujeta contra la pared, incapaz de volver a cerrarla, y, agachando la cabeza, dio dos pasos para salir a la escalinata de la entrada. Fuera era noche cerrada. Unos nubarrones de tormenta habían tapado la luna y era evidente que había habido un corte en el suministro eléctrico.

10

Justo cuando Mario se asomó a escudriñar por el filo del portal del edificio, un relámpago descomunal iluminó todo el cielo. La calle entera estaba inundada de agua sucia que corría a gran velocidad, a la altura de la rodilla. Apestaba a cloaca. Vio pasar dando vueltas una rueda de bicicleta, flotando por la Via Ginori hacia la Piazza San Lorenzo. Respiró hondo y se metió en el agua.

El frío le cortó la respiración. Caminaba sin poder saber por dónde pisaba y bajo las botas el pavimento parecía resbalar. No había nada a lo que poder agarrarse, excepto a los ladrillos y a la piedra empapados de los edificios. El cielo se iluminó ligeramente y los rayos de la luna se colaron entre la negrura con su tenue y fría luz, lo justo para ayudarlo a distinguir el curso de la Via Ginori y los muros de la basílica de San Lorenzo, delante de él.

Mario trató de avanzar más deprisa, pero era inútil. Inclinado hacia delante, avanzaba apenas unos centímetros contra la corriente. Y tuvo que pegarse al muro de una casa para dejar pasar una rama seguida de un neumático, una caja vacía y una papelerera que el viento había arrastrado a su paso para final-

mente estamparlos contra un edificio o dejarlos aterrizar caprichosamente en medio de la riada de lodo.

Cuando llegó a la esquina de Via Ginori con Via dei Pucci, estaba agotado y embadurnado de barro. Le escocían las mejillas del frío helador y ya no notaba los dedos de los pies. La habitualmente concurrida calle principal estaba desierta. Por la vía pública discurría aquella misma lengua de cieno pardo, salpicando contra la antigua mampostería de cada lado de la calle. Desde muy lejos aún, Mario oyó un estrépito y unos chirridos metálicos, seguidos de un grito. Mientras contemplaba boquiabierto toda aquella devastación, otro relámpago rasgó el cielo y las gotas de lluvia se transformaron en piedras de granizo que rebotaban en los tejados y le daban en la cara.

Siguió adelante por la calle principal hasta el muro de la basílica, que le ofreció un pequeño amparo frente al granizo. Aquí la corriente era más impetuosa y hubo de echar mano de toda su fuerza para impedir que le arrastrase. Pero entonces, justo cuando estaba cerca de las puertas de la capilla, otra rama voló dando vueltas en dirección a su cabeza. Se agachó para esquivarla, pero fue demasiado tarde. La rama le golpeó en plena cara y Mario cayó de espaldas al torrente.

El lodo le pasó por encima, haciéndole girar y girar por debajo de la superficie. Se clavó algo duro en las costillas y a continuación logró ponerse primero a cuatro patas y luego de pie, tras lo cual intentó encontrar algo a lo que agarrarse en medio del barro. Casi lo consiguió, pero perdió pie y volvió a verse metido en el agua, con la boca llena de lodo. Lo escupió, asqueado, y agitó los brazos cual aspas de molino; de repente se sintió aterrado. Con la mano derecha se agarró a una arandela de metal que había en el muro de la basílica. Se aferró a ella desesperadamente y tiró con fuerza para ponerse de pie, sin dejar de resoplar y de boquear para no ahogarse, con un sabor asqueroso en la garganta.

Estaba a punto de alcanzar la entrada de la capilla y casi no conseguía impulsarse con todas sus fuerzas para avanzar, aferrado al muro. Maniobrando con cuidado para rodear un contrafuerte de piedra, divisó por fin las puertas. Se habían desenganchado de las bisagras y el agua entraba a raudales.

Con renovada determinación, Mario se abrió paso por el

torrente en dirección a la entrada y descendió la media docena de peldaños de piedra que conducían a la planta principal de la cripta. Aquí el agua le llegaba por los gemelos, cada vez más, y la riada marrón-grisácea que entraba por la puerta y bajaba la escalera como una cascada arrastraba desechos hasta allí. Junto a la puerta había una vitrina de pared con una linterna y un hacha. Rompió el cristal y cogió la linterna.

Estuvo a punto de resbalar en el suelo de piedra, pero consiguió bajar hasta el nivel de la sala principal. A través del techo bajo y abovedado se oía, como un eco, el retumbar del agua. Las paredes de la sala estaban ocupadas por monumentos dedicados a más de cincuenta de los miembros de la familia Medici, fallecidos hacía siglos y enterrados en sencillos ataúdes de madera bajo el suelo. Estas esculturas conmemorativas estaban por encima del nivel del suelo, pero el agua no paraba de entrar y pronto estaría lamiendo las estatuas y los ornados sarcófagos. Pero ni siquiera esto constituía la preocupación principal de Mario Sporani. Mucho más preocupante era la posibilidad de que el agua pudiese encontrar la manera de penetrar el suelo y alcanzar las cámaras funerarias propiamente dichas. Tenía que hacer todo lo posible para evitar que eso pasase.

12

Mario vadeó en dirección al altar, en la zona elevada del fondo del panteón. Había allí dos enormes ángeles de piedra, situados a ambos lados de una plataforma de mármol. Detrás se encontraba el acceso a la cripta de la familia Medici.

Avanzó lo más deprisa que pudo por aquella agua helada en dirección al altar. La trampilla que daba a las cámaras funerarias era sorprendentemente liviana y cedió enseguida. Dentro, distinguió una escala. Trató de ver algo en la penumbra con ayuda de la linterna, pero lo único que logró distinguir fueron los travesaños de la escala perdiéndose en el vacío. Delante de él el agua entraba a raudales y podía oír el chapoteo que hacía en el suelo de piedra, algo más abajo de donde se encontraba. Moviéndose lo más deprisa que pudo, se agachó para meterse por el hueco del suelo y tiró de la tapa de la trampilla para encajarla de nuevo, justo por encima de su cabeza. No quedaba del todo sellada, por lo que siguió colándose agua, escala abajo, hasta la cripta.

Unos instantes después Mario había descendido al piso de la cámara y estaba iluminando con el foco de la linterna los antiguos muros y las hileras de nichos de piedra practicados a ambos lados. Había un fuerte olor a moho y humedad, a tierra vieja y a descomposición, pero estaba acostumbrado a esos olores y ya no le molestaban. De pronto, oyó un crujido ominoso. Girando sobre sus talones, vio cómo se desprendía del muro un sillar de piedra que se estampó contra el suelo. Y el agua entró en un gran chorro.

Mario estuvo a punto de perder el equilibrio. Impulsado por un miedo primigenio, escaló como pudo hasta una cornisa de piedra que quedaba justo detrás de él. A poca distancia pudo distinguir la abertura de uno de los nichos de enterramiento y el borde de un sudario, deshilachado y gris. A continuación se produjo un segundo crujido y cayó otro sillar de piedra que, al introducirse en el agua, salpicó hasta bien arriba las paredes de la cámara. A Mario se le resbaló la linterna de la mano y se le hundió en el agua ante su propia mirada, para perderla de vista de golpe. La sala quedó completamente a oscuras. Una voz le decía algo a gritos dentro de la cabeza: que era un idiota por haber bajado allí. ¿Qué iba a conseguir con ello? Y ahora —insistía la voz— iba a dejar la vida en el intento. Se uniría a los muertos que tenía alrededor.

Pero el pánico pasó y en su lugar se instaló una férrea determinación. Estaba a ciegas, pero sabía cómo salir de allí. Impulsándose desde la cornisa, se deslizó de nuevo al agua helada. Le llegaba por los muslos y lamía ya las cornisas en las que descansaban aquellos antiguos cadáveres. Haciendo caso omiso del entumecimiento de las piernas y de una creciente sensación de mareo, Mario se abrió paso para volver a donde sabía que estaba la escala. En medio de la oscuridad, tanteó en busca de la seguridad que le ofrecían los travesaños de metal, pero aún los tenía demasiado lejos. Estirando los brazos, se abrió camino a la fuerza, totalmente a ciegas, contra el agua que seguía entrando a raudales por el boquete del muro.

Justo cuando empezaba a perder toda esperanza, tocó algo metálico con la yema de los dedos. Asió el borde de la escala y se impulsó hacia arriba para subirse al primer travesaño.

Al levantar el pie para apoyarlo en el siguiente travesaño,

notó que la escala vibraba de pronto y empezaba a soltarse de la pared. Mario echó el cuerpo hacia delante y su peso obligó a la escala a pegarse de nuevo a la mampostería. Por encima de su cabeza pudo ver un resquicio de luz que se filtraba por la tapa de la trampilla, allí donde no había quedado del todo encajada en su sitio. El agua hedionda descendía como una cascada y le empapaba la cabeza y la espalda. Notaba cómo le palpitaba el corazón desbocado en el pecho mientras subía el pie al siguiente travesaño con mucho cuidado. La escala se estremeció de nuevo. Seis travesaños más y podría tocar la tapa de la trampilla.

Entonces distinguió una cosa que se mecía en el agua, a no más de dos metros de distancia. Era un tubo negro de unos treinta centímetros de largo.

14 Mario giró sobre sí mismo con todo el cuidado del mundo. Alargó el brazo, sus dedos rozaron el objeto y por los pelos consiguió cogerlo. Entonces, se metió el tubo por la cinturilla de los pantalones y trepó por la escala con todas sus fuerzas; los pernos de agarre se soltaban ya de sus orificios. Con un esfuerzo casi sobrehumano, estiró el brazo para palpar el borde de la trampilla. Sus dedos hallaron el borde metálico de la abertura. El agua le empapaba la cara y apenas podía encontrar aire para respirar. Impulsado por una sensación de puro terror, se las apañó para impulsar su cuerpo hacia arriba. Apoyó los pies contra la rugosa pared de piedra, empujó la tapa de la trampilla y salió, echándose sobre el suelo del altar boqueando y jadeando.

Capítulo 2

Florenxia, a día de hoy

Edie Granger cerró con llave su Fiat rojo en el aparcamiento privado junto a la Capilla Medici y recorrió el trecho de pavimento adoquinado que la separaba de las puertas de acceso. Era un metro ochenta de largos pantis y, gracias a una tabla diaria de ejercicios de una hora de duración, se encontraba en excelente forma física. Edie colocaba entre una de sus máximas prioridades la elegancia en el vestir, cosa rara para una académica inglesa y algo que le hacía granjearse el cariño de sus amistades italianas, quienes sólo medio en broma aseguraban que Edie era el vivo retrato de la actriz Liv Tyler.

15

Al igual que llevaba haciendo cada día de los últimos meses, Edie se esforzó por ignorar a los tipos encapuchados que, pancarta en mano y ataviados con raídos hábitos marrones, se manifestaban delante de las puertas de la capilla. Los manifestantes pertenecían a un extraño grupo denominado por ellos mismos los Obreros de Dios. Encabezados por un fanático dominico, un tal padre Baggio, se oponían a cualquier proyecto de investigación científica que se llevase a cabo en el interior de la Capilla Medici. Para Edie, hacía ya tiempo que habían entrado a formar parte del paisaje.

Mostró con un rápido ademán su pase al llegar a la cabina de admisiones, nada más franquear las puertas, subió las escaleras de dos en dos y entró a zancadas en la parte del panteón

por la que pululaban a diario centenares de visitantes mientras leían las inscripciones de las tumbas de los Medici.

Al fondo, un trozo de capilla había quedado acordonado para impedir el acceso del público, y una tienda de lona color crudo ocultaba la entrada a una angosta escalera que bajaba hasta la cámara funeraria, cuyos profundos nichos, a cada lado de la sala, albergaban los sarcófagos. Al entrar en la zona de trabajo, Edie eludió un par de mesas de disección y cruzó la puerta que comunicaba con el primero de dos laboratorios que quedaban a mano izquierda.

La cámara funeraria de debajo del panteón de la Capilla Medici consistía en una sala de techo bajo de unos diez metros por seis. No había mucho sitio y hacía calor, pero un potente sistema portátil de aire acondicionado mantenía fresco el aire. Las paredes del laboratorio estaban llenas de aparatos de rayos X, espectrómetros y analizadores de ADN. Al fondo de la cámara principal se encontraba el despacho de Carlin Mackenzie, en el que había cajas de huesos selladas dispuestas de manera incongruente junto a un par de Macs trucados.

16

Edie acababa de tomar posesión de su banco y estaba echando un vistazo a las lecturas de un espectrómetro de infrarrojos, cuando Mackenzie entró acompañado de dos hombres trajeados. Edie los había conocido en otra ocasión: el más bajo de los dos se llamaba Umberto Nero y era el vicerrector de la Universidad de Pisa, y el otro hombre, más joven que el anterior, era un político local muy conocido, Francesco della Pinoro, actualmente el candidato con más opciones de ganar las elecciones municipales.

—Ah, Edie —dijo Mackenzie. El profesor era un hombre de corta estatura, gordinflón, de sesenta y muchos años. Usaba unas gafas a lo John Lennon y tenía una mata de fino pelo blanco y una cara atractiva que encantaba a los realizadores de documentales para la televisión—. Caballeros, les presento a mi sobrina, Edie Granger.

Della Pinoro le tendió la mano y Nero la saludó bajando levemente el mentón. Edie y él se habían cruzado en numerosas ocasiones pero nunca se había preocupado mucho la una por el otro.

—Edie, quería preguntarte si podrías atender unos minutos

a nuestros invitados. Su coche tiene que llegar enseguida; ¿podrías dedicarles una breve visita guiada?

—Por supuesto. —Eddie se las ingenió para insuflar una pizca de entusiasmo a su voz.

—Excelente. Caballeros, gracias por sus valiosos comentarios. Me pondré en contacto con ustedes muy pronto. —MacKenzie les estrechó la mano y dio media vuelta.

—Por aquí.

Eddie guió a Della Pinoro y a Nero de vuelta a la cámara central y los llevó hasta una mesa metálica alargada. Mientras caminaban por el piso de piedra, fue describiéndoles el proceso de embalsamamiento de los cuerpos sepultados en los nichos y cómo se mantenían conservados en el interior de esa cámara. Rodeó la mesa a paso tranquilo y miró a los visitantes. Entre ellos y ella había un muerto de 470 años.

Se apartó de la cara un mechón suelto de negro pelo rizado y clavó la mirada en los dos hombres con sus ojos color madera quemada, cruzó los brazos y se irguió al máximo de su estatura, descollando claramente sobre ellos.

—Les presento a Ippolito de' Medici, hijo ilegítimo de Giuliano de' Medici, duque de Nemours —les explicó—. Durante casi medio milenio el misterio ha rodeado su muerte. Hay quien ha conjeturado que este joven, pues contaba sólo veinticuatro años de edad cuando murió, fue asesinado por su primo Alessandro, el cual a su vez fue eliminado por otro amigable pariente, Lorenzino de' Medici. Pero no había pruebas, hasta ahora. Acabamos de terminar de trabajar con estos restos y hemos hallado pruebas evidentes de que Ippolito murió envenenado.

Nero miraba la momia y alzó la vista. Eddie se fijó en que estaba un tanto pálido. Rápidamente, condujo a los hombres a una sala más pequeña que comunicaba con la cámara principal, donde el olor a tierra y a ropa vieja no era tan intenso. Había un hombre sentado ante un banco de trabajo, escudriñando por la lente de un enorme microscopio.

—Nos encontramos ahora en el corazón mismo de toda la operación —continuó Eddie—. Esta sala y el laboratorio contiguo contuvieron en su día hasta doce ataúdes, pero la mayor parte de ellos resultaron seriamente dañados en la inundación

de 1966. Los cuerpos, que eran los de miembros de menor relevancia del clan Medici, fueron sepultados nuevamente en otra parte de la capilla. Ahora esta sala alberga el laboratorio principal en el que analizamos el material extraído de las momias del panteón.

—¿Cómo pueden estar seguros de que el hombre de ahí fuera murió asesinado? —preguntó Della Pinoro, que llevaba los últimos minutos especialmente interesado en el escote en forma de pico de la bata de laboratorio de Edie—. ¿No habrían desaparecido todas las pruebas hace siglos?

—Buena pregunta —respondió Edie, aliviada ante la posibilidad de demostrar sus conocimientos—. El propósito fundamental del trabajo que llevamos a cabo aquí es determinar con toda certeza la causa del fallecimiento de los miembros más destacados de los Medici. Puede que estos cadáveres les parezcan simples carcasas inertes —añadió, indicando mediante un ademán la cámara de la que acababan de salir—, pero nos cuentan una cantidad increíble de cosas que hasta ahora habían permanecido ocultas.

18

—¿Como por ejemplo?

—A menudo tenemos que reconstruir el contexto a partir únicamente de los restos del esqueleto, que habitualmente es todo lo que queda después de quinientos años. Pero hasta unos huesos medio deshechos pueden contarnos infinidad de cosas. Las enfermedades comunes en la época, como la sífilis o la viruela, dejan marcas elocuentes en la delicada estructura de los huesos de la víctima que nosotros podemos estudiar gracias a análisis inmunohistoquímicos y ultraestructurales.

Della Pinoro lucía una expresión de confusión.

—En el caso de Ippolito —prosiguió Edie—, hemos podido realizar un análisis minucioso de su esqueleto que ha puesto de manifiesto niveles inusuales de unas sustancias químicas denominadas salicilatos.

—¿Y eso demuestra...?

—Pues que Alessandro se libró de ser acusado de asesino porque en su lecho de muerte Ippolito presentaba todos los síntomas normales de la malaria: fiebre, rigores, dolores de cabeza insoportables y dolor fuerte en el abdomen. Pero el envenenamiento con esencia de gaulteria produce prácticamente

los mismos efectos, y la esencia de gaulteria contiene salicilato de metilo.

Della Pinoro se disponía a decir algo cuando un movimiento detrás de los hombres llamó la atención de Edie.

—Ah, están sacando el más reciente objeto de discordia.

—¿Objeto de discordia? —preguntó Nero mientras ella se dirigía ya a la puerta.

—Al parecer, éste es Cosimo de' Medici, Cosimo el Mayor —respondió Edie, y condujo a los dos hombres hasta otra mesa de disección que se encontraba justo a continuación de la plataforma que contenía los restos de Ippolito. Junto a ella se encontraban Mackenzie y su hijastro, Jack Cartwright, el experto en ADN del equipo.

—¿Al parecer? —Mackenzie miró a Edie con expresión sarcónica.

—Tenemos opiniones encontradas respecto a la identidad de este cuerpo —les explicó Edie—. Mi tío está seguro de que se trata de Cosimo, pero yo aún no me doy por convencida.

Jack Cartwright, el hombre alto y de anchas espaldas que se encontraba junto a Mackenzie, dio un paso adelante y se presentó a los visitantes. Venía de pasar la mañana en la Universidad de Florencia.

—¿Y tú de qué lado estás, doctor Cartwright? —preguntó el vicerrector, apartando la vista del cadáver.

Cartwright se disponía a responder cuando apareció una joven que parecía bastante aturdida.

—Lamento la interrupción —dijo—. Ha llegado el coche de nuestros invitados.

El vicerrector no pudo disimular el alivio que le producía la noticia, y antes de que Della Pinoro pudiera articular palabra se había arrimado a Mackenzie para decirle:

—Le estoy muy agradecido de que haya podido sacar un poco de tiempo... Y gracias, doctora Granger, por la visita guiada.

A los pocos minutos, Edie regresó de acompañar a los visitantes a su coche. Mackenzie y Cartwright estaban examinando el cuerpo tendido en la mesa. Mackenzie, lupa en mano, estaba levantando con cuidado, y con ayuda de unas pinzas, la solapa de una túnica de seda asombrosamente bien conservada.

Habían pasado dos semanas estudiando el material extraído de este cuerpo, sometiendo a análisis las muestras de tejido y las estructuras óseas mediante una unidad portátil de rayos X. Pero hasta esa mañana no habían tomado la decisión de sacar el cuerpo de su nicho para inspeccionarlo más detenidamente. Éste compartía nicho con otro ocupante, y Mackenzie creía que se trataba de los restos de Contessina de' Medici, esposa de Cosimo I, que había muerto en 1473.

—Verdaderamente, desearía que no sacases nuestros trapos sucios a relucir delante de otras personas —dijo Mackenzie sin levantar la vista.

—No veo qué daño puede hacer el reconocer que hay desacuerdos dentro del mundo académico —repuso Edie al tiempo que cogía otras pinzas de una bandeja.

—Bueno, pues yo sí. No me fío de esa gente. Están siempre al acecho de cualquier excusa para cortar la financiación de nuestros trabajos.

—A mí me parece que estaban más interesados en salir de aquí lo más rápido posible.

20

—Puede ser, pero para mí Della Pinoro es como una víbora.

—¿Por eso me los encasquetaste a mí? —replicó Edie.

Mackenzie le lanzó una mirada. Edie apartó la vista y cambió rápidamente de tema.

—Exquisita textura la de esta chaqueta de seda.

—Ciertamente. Echa un vistazo a esto.

Mackenzie le ofreció su lupa a Cartwright. El cadáver iba ataviado con una blusa de seda color crudo y una chaqueta de terciopelo que en su día debió de haber sido del más intenso y bello color morado. Los botones de la chaqueta eran de oro macizo.

Edie se encogió de hombros.

—Cabría esperar que Cosimo hubiese sido enterrado con sus mejores galas, pero eso podría aplicarse igualmente bien a cualquier otro miembro destacado de la familia.

—Tal vez sí. ¿Habéis encontrado algo a partir de las muestras del ADN, Jack?

—Aún estamos en ello —respondió Cartwright, tendiéndole la lupa a Mackenzie—. Está resultando más complicado de lo que esperábamos.

Mackenzie suspiró y levantó cuidadosamente la tela de la chaqueta, a punto de deshacerse. La tensa piel marrón de la momia quedó expuesta a la luz. Parecía un cuerpo hecho de papel maché.

—Bueno, para eso hemos sacado al pobre chico de su tumba —dijo.

Cosimo de' Medici, o Cosimo el Mayor, como se le conocía también, había sido uno de los miembros más importantes de los Medici, y había hecho más que ningún otro por elevar a la familia al ilustre lugar que ocupaba en la historia. Nacido en Florencia en 1389, durante una generación fue el gobernador *de facto* de la ciudad. Él encendió la chispa del Renacimiento italiano y amasó una fortuna inmensa para la familia. Tras su fallecimiento, en 1464, se le concedió el título oficial de *Pater Patriae*, «padre de su patria».

Mackenzie deslizó el escalpelo a lo largo del torso seco del cuerpo y la cuchilla sajó limpiamente la piel. Mackenzie dibujó con ella un corte en Y, primero hacia abajo y a continuación a un lado y otro del cuerpo. Los embalsamadores habían trabajado con notable pericia. El viejo cadáver era muy diferente del de Ippolito, cuyo cuerpo, aunque sepultado más tarde, había quedado reducido a poco más que un esqueleto desmoronándose. Pero bajo el tenso pellejo sólo había una cavidad seca. Los órganos internos eran una fracción de su tamaño original y estaban tan secos como la piel de su dueño.

Mackenzie fue desprendiendo fragmentos de cada uno de los órganos y depositándolos en tubos de ensayo con su etiqueta individual, para finalmente cerrarlos con sus tapones. Edie los colocaba con cuidado en una rejilla, en un lateral de la mesa. A continuación, explorando más adentro, el profesor raspó el esternón y una costilla para extraer una minúscula muestra de cada uno y depositó las raspaduras en sendos botes de muestras.

Mackenzie se inclinó sobre la momia y examinó el hueco de su pecho.

—Qué raro —comentó al cabo de unos instantes—. Parece que hay un objeto extraño depositado junto a la columna vertebral. No puedo verlo bien del todo. Edie, échale un vistazo.

Edie desplazó una lupa de mesa para colocarla encima del

cadáver y examinó toda la zona de alrededor del empequeñecido corazón.

—Veo una cosa, una superficie negra está incrustada en las capas epidérmicas anteriores, creo. Desde luego, no parece un artefacto natural.

—Ayudadme a mover el cuerpo para ponerlo de lado —indicó Mackenzie.

Edie y Jack Cartwright giraron delicadamente el cadáver, elevando unos sesenta centímetros por encima de la mesa uno de los costados. Era liviano como una pluma.

—Un poquito más —dijo Mackenzie, agachado detrás de la antigua momia con la cabeza pegada a los hombros. Con precisión de cirujano, deslizó el escalpelo a lo largo de la línea de la columna vertebral, con cuidado de no insertar la cuchilla más que una fracción de pulgada para no dañar las vértebras. Entonces, se enderezó y levantó a la luz las pinzas metálicas. Sostenían un delgado rectángulo negro, sin rasgos distintivos.

22

Carlin Mackenzie se encontraba a solas en la cámara funeraria de la Capilla Medici. El reloj digital de su escritorio señalaba que quedaba poco para las nueve de la noche, pero él ni estaba cansado ni tenía la menor gana de apagar los ordenadores para marcharse a su apartamento de la Via Cavour, a poca distancia de allí.

Había sido un día extraordinario, tal vez el más extraordinario de su vida, sin duda el más importante de sus cuarenta años de paleontólogo. La naturaleza del artefacto que habían descubierto en el interior el cuerpo de Cosimo de' Medici seguía siendo un enigma, pero el mero hecho de su existencia planteaba un acertijo. Salvo por la perturbación natural de la inundación de 1966, estos cuerpos habían permanecido intactos desde el día en que habían sido enterrados. Sin embargo, ahí estaba ese extraño objeto rectangular, oculto en el reseco tejido epidérmico de un hombre que había muerto hacía más de quinientos años.

El objeto descansaba en una placa petri junto al ordenador de Mackenzie. Edie, Jack Cartwright y él lo habían estudiado tan exhaustivamente como se habían atrevido, sin correr ries-

gos innecesarios. Era totalmente negro, un pedazo de piedra similar al granito de exactamente 3,9 por 1,9 centímetros, y con un grosor de pocos milímetros. Un simple análisis con rayos X había demostrado que era macizo, aparentemente sin marcas de ningún tipo y de una densidad uniforme. No habían querido someterlo a ninguna clase de test químico hasta poder estar seguros de que la piedra no resultaría dañada. Valiéndose de un potente microscopio, su estructura cristalina había resultado ser una mezcla de feldespatos, cuarzo y potasio, es decir, un granito excepcionalmente puro denominado amanortosita.

Mackenzie empezó a anotar sus comentarios en un cuaderno. Hizo una lista con las cosas que habían averiguado ya: la estructura química del objeto, su masa, densidad y dimensiones. Entonces, dejó el bolígrafo en la mesa y cogió el rectángulo de piedra para sostenerlo a la luz, entre el índice y el pulgar enfundados en látex. Con un sobresalto, reparó en que algo en el objeto había cambiado. Habían empezado a aparecer unas tenues líneas verdes en su antes lisa superficie. Las líneas cambiaban y se entrecruzaban delante incluso de su mirada. Estiró el brazo para asir la lupa y las observó más de cerca: aquello era verdaderamente llamativo. Cerca de uno de los extremos del rectángulo estaba formándose una tenue silueta verde. Debajo de ésta, Mackenzie empezó apenas a distinguir unas letras, y dos tercios más abajo, apareció un grupo de rayas.

—Esto es asombroso —se oyó decir a sí mismo. Por unos instantes no supo muy bien qué hacer. Entonces, agarró el teléfono y rápidamente marcó un número. Respondió un contestador automático. Marcó otro número de memoria. Saltó un segundo contestador y, sin la menor vacilación, se puso a describir lo que podía ver sobre la faz de aquella tablilla de piedra.

Dos minutos después, iba a añadir unos últimos comentarios cuando oyó un pitido y entendió que había agotado la memoria del contestador automático. Colgó el teléfono y clavó la mirada en la pared. Lo que había visto le llenaba de entusiasmo, pero también de miedo. Nunca había sido un hombre supersticioso. Era científico de formación, pero no podía negar sus miedos más recónditos. Aquello constituía simplemente la última gota de una serie de extraños sucesos y coincidencias de las que no había hablado a nadie. ¿Con dejar aquel mensaje ha-

bría sido suficiente? ¿O se habría excedido? ¿Habría puesto en grave peligro a otras personas?

Oyó un ruido leve procedente de la cámara del otro lado de la pared. Miró hacia la pantalla de plástico que separaba el despacho de la cámara funeraria. Silencio.

Depositó la tablilla negra en su sitio, en la placa petri, y sacó la lupa. En ese preciso momento sintió un repentino e intenso dolor en el cuello. Percibió, más que vio, que alguien se inclinaba sobre él. Se echó las manos a la nuca y tocó el frío acero de un alambre. Su atacante lo retorció con una fuerza increíble.

Los ojos del científico se hincharon. Boqueando para tratar de aspirar aire, intentó quitárselo de encima y, a la vez, meter como fuera los dedos por debajo del alambre con el que le estaban ahogando. Pero resultó de todo punto inútil. Un dolor espantoso le hacía estallar la cabeza y la vista empezó a nublársele. Su atacante tiraba de él hacia atrás cada vez más, seccionándole el cuello. Por un fugaz instante, Mackenzie creyó poder zafarse, pero el hombre que tenía a su espalda era demasiado fuerte para él. Se le soltaron los esfínteres y evacuó; un efluvio hediondo ascendió desde el asiento. Se oyó entonces un chasquido minúsculo apenas audible: era la tráquea de Mackenzie al partirse en dos, momento en que la oscuridad se cernió sobre él.

Capítulo 3

Venecia, en la actualidad

*J*eff Martin se sacó con cuidado el cuello del jersey de cachemir por la cabeza y se acarició el mentón, cubierto de una barba de tres días. Cuando esa noche, un rato antes, había salido de su apartamento, había sido demasiado tarde ya para afeitarse; y al verse de pasada en el espejo del vestíbulo, al salir del edificio, había pensado que tenía aspecto de cansado, con la tez algo sucia y la mata de pelo castaño, algo larga, un tanto lacia y sin vida. Los intensos ojos azules de Jeff poseían aún algo de su antigua chispa, se dijo a sí mismo para animarse, pero no podía negarse que había tenido mejor aspecto en otros tiempos.

Ahora, sentado en el Harry's Bar, mirando en derredor, reflexionó —no por primera vez— acerca de lo que se le habría pasado a Ernest Hemingway por la mente en aquel mismo escenario más de medio siglo atrás: «En el Harry's encuentras todo lo habido y por haber... excepto, tal vez, la felicidad». Aquel lugar estaba igual que entonces; tampoco habían variado aquellas sensaciones, pensó. Las paredes, con su zócalo de madera, lucían el mismo tono crema de cuando inauguraron el local, allá por 1931. Los camareros, apuestos y elegantes, vestían el mismo uniforme de pantalones negros, pajarita blanca y chaqueta blanca almidonada. El menú era muy parecido, la distribución del bar no había cambiado un ápice y la disposición de las mesas y sillas de este salón no muy grande era idéntica al diseño soñado por el fundador, Giuseppe Cipriani, el cual ha-

bía bautizado así al Harry's cuando un amigo suyo, Harry Pickering, aportó las doscientas libras que hicieron falta para la apertura del local. Y el Harry's seguía desprendiendo aquel mismo aura de refinada melancolía que había poseído tanto tiempo atrás.

—¿Otra?

La pregunta sacó a Jeff de sopetón de sus ensoñaciones. Miró a su amigo, el vizconde Roberto Armatovani, y asintió.

—¿Por qué no?

No se habían visto desde hacía un tiempo. Roberto, un musicólogo de fama mundial, había pasado una temporada en Estados Unidos como profesor invitado en varias universidades. Se habían citado un rato antes para disfrutar de una cena escalofriantemente cara en el restaurante, en la planta de arriba. Ahora los dos estaban un tanto empachados, pero relajados. El camarero había acudido a su mesa y casi de inmediato le pidieron dos bellinis más.

—Bueno —dijo Roberto—. ¿Qué tal se está adaptando Rose a Venecia?

26

—Ah, estupendamente. Está en una edad muy mala, pero está cogiéndole bastante cariño a mi querida y vieja María. Lo cual me quita un peso de encima.

Rose, la única hija de su desventurado matrimonio, era lo mejor que había producido en su vida. Jeff lamentaba no poder verla más, pero su madre, Imogen, la mujer con la que había estado casado trece años y de la que se había divorciado hacía dos, parecía decidida a hacerle sufrir y darle quebraderos de cabeza. Era la primera vez que Rose visitaba el hogar adoptivo de su padre, y desde la disolución del matrimonio Jeff sólo había podido verla un puñado de veces. Rose vivía con su madre en Hogsdown, una inmensa y gélida casa solariega en Gloucestershire que había heredado Imogen de sus difuntos padres. Con una momentánea punzada de tristeza, Jeff se dio cuenta de que su hija de catorce años era casi una mujercita y de que pronto habría perdido para siempre a su chiquitina.

Dio un sorbo a su bellini y volvió a dejarlo en la mesa. Entonces miró a Roberto, que estaba tan distendido como siempre, era un hombre que en aquel entorno se encontraba como pez en el agua. Vestía su sempiterno uniforme de vaqueros ne-

gros, jersey negro de cuello alto y chaqueta negra de piel. Llevaba el pelo entrecano cortado bien corto. Y con su rostro delgado, sus ojos prácticamente negros y sus pómulos altos, no aparentaba en absoluto los cuarenta y cuatro años que en realidad tenía.

Los dos hombres se habían conocido hacía cinco años. Roberto era una autoridad en música antigua y, en concreto, en las composiciones de Palestrina, el maestro del siglo XVI que había sido el favorito del papa Julio III. Pero Roberto era mucho más que eso. Era también un extraordinario erudito, soberbio violinista, autor de varios populares sobre toda una serie de crípticas materias y, lo que más le había atraído a Jeff de él, un experto en la historia de Venecia. Jeff había estado con él en dos yacimientos arqueológicos y le había echado una mano con la documentación de su última obra, una crónica sobre el primer asentamiento de Venecia en el siglo IV.

Para Roberto, todas sus actividades no eran más que elaborados pasatiempos, puesto que era el heredero de una de las mayores y más antiguas fortunas de Italia. El árbol genealógico de la familia Armatovani se remontaba al siglo XIII e incluía entre sus ramas a media docena de príncipes, cardenales y numerosos señores de la guerra y aristócratas del lugar. Roberto era el más joven de cuatro hermanos y el único que seguía viviendo en Venecia después de que sus padres fallecieran. Vivía en uno de los pocos *palazzos* que no habían sido convertidos en lujosos apartamentos u hoteles.

—Bueno, ¿qué? ¿No vas a contarme nada de tu viaje, Roberto? Llevo toda la noche esperando que lo menciones.

—Cielos. Para serte sincero, estoy tan contento de estar en casa que no me paro mucho a pensar en ello. —Su inglés era «oxbridge» de pura cepa—. En fin, ha sido... bueno... ¿cómo describirlo? Una experiencia. Creo que no sabían muy bien qué hacer conmigo. Allí creen que es obligatorio que los profesores europeos usemos chaqueta de mezclilla y fumemos en pipa.

Se echaron a reír los dos.

—Pero ¿qué tal la *tourné*? Estoy seguro de que los machacaste.

—Por supuesto —respondió Roberto—. Y tienen unos

cuantos músicos jóvenes excelentes. Pero ¿qué tal tú, Jeff? No tienes muy buen aspecto que digamos.

—Bah, tonterías.

—¿Algo va mal?

—Roberto, estoy bien. De hecho, estoy más contento de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—¿«Contento»? Qué palabra tan rematadamente repugnante. No quiere decir nada, pero nada en absoluto. Justo a mitad de camino entre «agonía» y «éxtasis». Muy burgués por tu parte, amigo mío.

Jeff se encogió de hombros y apuró el vaso.

—Vale, pues «realizado», entonces. Me siento realizado. ¿Vale eso?

—Mejor.

—Tú sabes mejor que nadie lo deprimido que estaba cuando me vine a vivir aquí, pero ahora está todo superado.

—¿Y no echas de menos tu antigua vida?

—¿A Imogen?

28

—No, no me refiero a esa bruja. Digo tu ilustre carrera, ser el joven prodigio, el extraordinario historiador...

—No.

—¿Por qué será que no te creo?

—Bueno, vale, sí. A veces me sorprendo preguntándome cómo me iría la vida ahora si las cosas hubiesen evolucionado de otra manera. Intento de verdad mantenerme al corriente, aun cuando sea considerado *persona non grata* en Cambridge. Y, aparte, está lo que hago contigo.

Jeff hizo una seña al camarero y pidió otra ronda. No estaba siendo del todo sincero con su amigo. Adoraba Venecia y estaba empezando a disfrutar de verdad de su trabajo con Roberto. El problema era que para éste sus investigaciones no constituían más que uno de sus múltiples intereses, pues Roberto parecía poseer la mágica capacidad de llevar a cabo diez proyectos diferentes a la vez. Su reciente viaje a América había interrumpido el curso de sus indagaciones, y Jeff sabía que, ahora que Roberto había vuelto, inmediatamente se volcaría en media docena de nuevos proyectos, como mínimo. Aparte de esto, tenía que reconocer que empezaba a echar de menos la satisfacción que le había reportado saberse un miembro respe-

tado de la comunidad académica, un profesor del Trinity College de Cambridge.

Su ascenso al estatus de autoridad mundial en la historia de la Alta Edad Media había entrado a formar parte de una leyenda. Ya en la universidad había llegado a ser considerado un auténtico prodigio. Antes incluso de sus exámenes finales, había escrito un revolucionario estudio sobre el antisemitismo en la Francia del siglo X, que fue publicado en la principal revista académica, el *Journal of European History*. Tras esto, se había graduado con matrícula de honor por el King's College de Londres antes de cumplir veinte años.

Se trasladó a Cambridge y allí se convirtió en el protegido de Norman Honeywell-Scott, afamado académico con importantes contactos. A Jeff no le daba ningún reparo reconocer que se había montado en el carro de Honeywell-Scott. Pero a los tres años de empezar a colaborar con el historiador de Cambridge, se pelearon y nunca más volvieron a dirigirse la palabra. Honeywell-Scott se fue a la Sorbona, donde se convertiría en un astro aún más luminoso del firmamento académico. Aquel mismo verano, Jeff conoció a Imogen Parkhurst y se enamoró de ella, de la hija única del ministro sir Maxwell Parkhurst, del gabinete tory, cuyos ancestros habían amasado una fortuna financiando las guerras napoleónicas.

El padre de Imogen nunca le había visto con buenos ojos—su madre había fallecido nueve años antes— y Jeff sabía que pese a toda su brillante trayectoria y a su éxito académico, Imogen se encontraba en un nivel inaccesible para él. Jeff había nacido en un piso de dos dormitorios, encima de un comercio de Wickford, Essex, y su padre era el propietario de un negocio de suministros eléctricos. El peso intelectual sólo compensaba en parte unos orígenes humildes. Imogen le había negado con vehemencia que sus sentimientos hacia él derivasen de un tardío acto de rebelión contra sus padres; pero, por supuesto, era una bobada. Entonces, cuando menos se lo esperaba, Jeff se enteró de que Imogen mantenía una relación con un amigo de la familia, Caspian Knightley, un primo lejano de la difunta Diana Spencer.

Desde aquel momento en adelante, las vidas de Jeff e Imogen empezaron a divergir. Dos meses después de haberse sepa-

rado, sir Maxwell fallecía en un accidente de helicóptero e Imogen heredaba los millones de la familia. Jeff se volcó en el trabajo y depositó toda su fe en una serie para televisión sobre Carlomagno para la elaboración de cuyo guion y presentación había sido elegido. El capítulo piloto resultó un fracaso y prácticamente de la noche a la mañana Jeff perdió su oportunidad. El fracaso, el primero de su carrera, fue un duro golpe para él. Había vuelto a beber y entonces, influido por sus amigos de los medios de comunicación, coqueteó por breve espacio de tiempo con la cocaína. En poco tiempo su vida académica empezó a debilitarse. Pocos meses después, con el divorcio concluido, siguió el consejo del director del Trinity e inició unas prolongadas «vacaciones» en Italia.

30

En cierto sentido, había sido afortunado. Durante su matrimonio con Imogen había conocido a unas cuantas personas útiles con quienes había fraguado una auténtica amistad. Una de esas personas era Mark Thornton, uno de los abogados matrimonialistas más hábiles de Gran Bretaña. A Thornton nunca le habían agradado mucho los Parkhurst y dedicó poco tiempo a Imogen. Se dejó la piel para conseguirle a Jeff un acuerdo excepcionalmente bueno, lo que significaba que el hijo del electricista de Wickford tendría la vida solucionada con un piso en Mayfair, un lujoso apartamento en la plaza de San Marcos, Venecia, y un puñado de millones en el banco. Pero Jeff sabía que si hubiese podido reescribir la historia y hubiese dispuesto de más tiempo para estar con Rose, de mil amores habría sacrificado el lote.

—¿Hay alguna ricura en el bar? —preguntó de repente Roberto.

—¿Cómo dices?

—Pareces excesivamente interesado en algo o en alguien de allí.

—Disculpa, sólo estaba pensando en Rose —mintió.

—Sin lugar a dudas, es toda una mujercita. Casi no podía creerlo cuando pasé a buscarte esta tarde. ¿Y se lleva bien con la irreductible Maria? Eso sí que es notable.

Jeff se echó a reír.

—Mi ama de llaves nunca te ha resultado muy simpática, ¿verdad, Roberto?

—No —respondió—. Esa mujer no puede ni verme.

—Bobadas. —Jeff miró la hora: acababan de dar las once—. Mira, disculpa que sea un coñazo, pero tengo que volver ya. Esta ronda la pago yo.

Fuera del Harry's hacía un frío helador y su aliento flotaba suspendido como una neblina en el aire. Era la víspera del Carnivale, una noche fría y límpida de febrero, la época favorita de Jeff en Venecia. Se subieron el cuello de los respectivos abrigos y echaron a andar por la calle Vallaresso en dirección a San Moise, pasando por delante de las boutiques de diseñadores, a cada lado de la calle. Se despidieron en la intersección con la promesa de verse de nuevo el domingo para comer en el Gritti Palace. Jeff metió las manos en los bolsillos del abrigo y se encaminó a San Marcos.

Estaba todo tranquilo. La mayor parte de los turistas estaban bien tapados en la cama y los vendedores ambulantes africanos recogían ya sus bolsos imitación Louis Vuitton y sus Rolex de cinco dólares. Cruzó la plaza por el lado oeste y apretó el paso para atravesar un corto pasillo. Su apartamento se encontraba en la planta superior del lado norte de la plaza. Dobló a la derecha y siguió por un angosto pasaje que daba la vuelta al edificio. El silencio sólo era interrumpido por el suave chapoteo del agua del canal, a su izquierda. Al llegar al portal que daba al vestíbulo de la casa, se palpó el bolsillo en busca de la llave. Y justo cuando la introducía en la cerradura, oyó una leve tos. Dio media vuelta. De pie entre las sombras había un hombre con un largo abrigo negro y un sombrero. Por un fugacísimo instante, la luz procedente de una ventana del edificio de Jeff dio en un objeto brillante que sostenía el hombre en una mano, arrancándole un destello en medio de la negrura.

—Disculpe. No era mi intención sobresaltarle —dijo el hombre, al tiempo que salía de la penumbra. No medía más de un metro cincuenta y tenía la cara llena de arrugas y ajada. Llevaba puesto un abrigo desaliñado y un sombrero de fieltro, por debajo del cual una melena larga y blanca le caía hasta los hombros. Dio un paso en dirección a Jeff apoyándose pesadamente en un bastón de madera con una empuñadura de metal sumamente pulida—. Me llamo Mario Sporani. Usted no me conoce, pero dispongo de cierta información que creo que le re-

sultará de interés. ¿Podría abusar de su hospitalidad? Hace un poquito de frío aquí.

—¿Qué clase de información? —preguntó Jeff, mirando al hombre de arriba abajo sin fiarse de él.

—Relacionada con la historia.

—¿Con la historia?

—Discúlpeme. He viajado esta noche desde Florencia, donde resido. Hace años fui vigilante de la Capilla Medici. Hay un asunto de máxima importancia que necesito tratar con usted. —Tendió a Jeff una deteriorada fotografía en blanco y negro. En ella se veía a un Mario Sporani mucho más joven sosteniendo un cilindro negro de unos treinta centímetros de largo. En uno de los extremos del tubo Jeff distinguió a duras penas un emblema: un conjunto de cinco bolas y un par de llaves cruzadas, el escudo de armas de la familia Medici—. Yo soy una de las poquísimas personas que han visto este objeto en quinientos años —prosiguió Sporani—. Y ahora ha desaparecido de la faz de la Tierra.

32

La sala de estar de Jeff era espectacular: un vasto espacio diáfano, amueblado en estilo moderno, todo a base de acero mate, madera oscura, suave tono crema y telas blancas. La pared de enfrente de la puerta estaba ocupada por unos inmensos ventanales que daban a San Marcos, el Campanile y San Giorgio Maggiore detrás. A la derecha de esta sala estaba la cocina y a la izquierda un umbrío pasillo que comunicaba con los dormitorios.

Mario Sporani se encontraba de pie en el umbral de la puerta, absorbiéndolo todo en silencio y con un destello de apreciación en la mirada.

—Hermoso —dijo llanamente, y Jeff le indicó que tomara asiento. La casa estaba en silencio. Rose y Maria, al parecer, se habían acostado.

Jeff fue a la cocina y se puso a preparar café. No le quitaba el ojo de encima a Sporani, quien contemplaba embelesado el salón y las vistas desde las ventanas. Le siguió con la mirada mientras se ponía de pie y se acercaba a admirar los cuadros, primero, y a continuación observaba con detenimiento unas

estanterías de cristal que contenían toda una colección de artefactos.

A los pocos minutos Jeff estaba a su lado con una bandeja en las manos. Sporani contemplaba un cuadro de un desnudo yacente.

—A primera vista hubiera jurado que se trataba del *Desnudo Sdraiato* de Modigliani, pero hay algo que no concuerda. Jeff evaluó al viejo.

—Es una de las primeras obras de su época veneciana en el Istituto per le Belle Arti di Venezia; más o menos de la época en que empezó a fumar hachís, de hecho. Al año siguiente Modigliani se trasladó a París y rehízo este cuadro.

Sporani sacudió la cabeza lentamente.

—Fascinante.

Jeff depositó la bandeja en una mesita de acero inoxidable entre dos sofás cerca de las ventanas.

—Muy bien —dijo, al tiempo que ofrecía una taza a Sporani—. ¿De qué va todo esto?

—Como es natural, está usted escéptico, señor Martin. También yo habría reaccionado de la misma manera hace cuarenta años. —Dio un sorbo a su café—. Como le he dicho, fui el vigilante de la Capilla Medici hasta que me jubilé hace unos años. Yo era el responsable de la misma cuando la terrible inundación de noviembre de 1966 arrasó Florencia y destruyó tantas maravillas.

Jeff le miraba en silencio. Calculaba que Sporani tendría seguramente cerca de setenta años, pero aparentaba más edad.

—La mañana en que las aguas del Arno se salieron de madre y afluyeron a nuestro barrio en forma de fuerte torrente, me las apañé para abrirme paso bajo la tormenta y llegar a la capilla. Mis peores temores se habían cumplido: la cripta estaba anegada y los cuerpos de los Medici sepultados corrían el peligro de que el agua arramblase con ellos.

»Yo era joven e impulsivo. Sin parar mientes en mi propia seguridad, bajé a toda prisa a las cámaras funerarias y a punto estuve de morir ahogado; escapé por los pelos. Poco pude hacer para proteger la cripta, pero felizmente, aunque el agua había causado daños inmensos, se pudo evitar lo peor y esa misma noche la riada que inundaba el barrio empezó a remitir. Mien-

tras me encontraba en el interior de la cripta, luchando por escapar del agua que no paraba de crecer y crecer, me topé con un extraño objeto, un tubo de ébano. Inmediatamente, al ver el emblema, me di cuenta de que antiguamente había pertenecido a los Medici. Pero no tenía ni idea de qué se trataba. Como le digo, yo era joven. Debí entregarlo a las autoridades, pero no pude, o por lo menos no así como así.

Hizo una breve pausa para dar otro sorbo a su café.

—Rompí el sello. Dentro encontré un fajo de documentos cubiertos de una escritura menuda. Estaban redactados en un extraño idioma. Luego concluí que debía de ser griego y, por supuesto, no entendí ni una sola palabra.

—¿No pensó en que se lo tradujese alguien? —preguntó Jeff.

—Bueno, lo pensé. De hecho, mencioné mi hallazgo a un par de amigos, lo cual probablemente fuese un error. Debí sencillamente mantener la boca cerrada.

Jeff parecía confundido.

34 —Ninguno de ellos pudo ayudarme, ya ve usted. Hasta los que tenían algunos conocimientos de otros idiomas no fueron capaces de traducir más que alguna que otra palabra suelta. Pero me enteré de una cosa fundamental: la última página del documento contenía una firma, la de Cosimo de' Medici, el gran mecenas y protector de Florencia. Aunque le he dicho que no podía entender ni una palabra del documento, se trataba evidentemente de una especie de diario, pues el texto estaba dividido en fragmentos, en cuya parte superior siempre aparecía una fecha. Memorice las fechas, y tiempo después descubrí que correspondían al año 1410.

—¿Y eso le incitó por fin a entregar el hallazgo?

—Debí hacerlo —respondió Sporani, y dejó su taza vacía en la mesita—. Y lo habría hecho. No soy ningún ladrón.

—¿Cómo que lo habría hecho?

—Dos noches después de mi descubrimiento alguien llamó a golpes en el portal de mi casa. Mi mujer y mi bebé dormían en la habitación del fondo. Bajé a ver quién era. Dos hombres me metieron en el vestíbulo con una pistola pegada a mi cabeza. Uno de ellos era inglés, creo, y el otro italiano. Éste era el que llevaba la voz cantante, aunque a decir verdad ninguno de los dos dijo gran cosa. Querían el documento Medici.

—¿Cómo se habían enterado?

—No estoy seguro, pero no debí contar nada a nadie sobre mi hallazgo. Se lo entregué, por descontado. Cuando el italiano reparó en que el sello estaba roto, no me cupo duda de que iba a matarme. Tenía que pensar rápido en algo. Les dije que cuando lo encontré ya estaba roto.

—¿Y le creyeron?

—No lo sé. Creo que el hombre que empuñaba el arma estaba dispuesto a apretar el gatillo, pero el inglés lo detuvo. Dijo algo que no olvidaré jamás: «Si alguna vez le cuentas a alguien algo de esto, le volaré los sesos a tu bebé».

Desde el exterior llegó el tenue sonido de la sirena de una embarcación.

—Entonces, ¿por qué está aquí ahora?

Sporani contemplaba ensimismado el panorama desde las ventanas, como en un sueño. De pronto, salió de sus ensoñaciones y dirigió unos ojos cansados a Jeff.

—Oh, ya no pueden hacerme nada, señor Martin. Mi bebé se convirtió en un apuesto joven, pero hace cinco años se mató en un accidente de moto en Bolonia. Y mi mujer, Sophia, falleció el mes pasado. Cáncer de mama.

—Lo lamento.

—Oh, no tiene por qué. Tuvimos una vida dichosa, los tres juntos.

Jeff sirvió un poco más de café para los dos.

—Y bien, ¿por qué ha venido a verme?

—Necesito su ayuda. Usted, supongo, sabe del Proyecto Medici, el equipo que está estudiando los vestigios de la capilla.

—Sí.

—Bueno, pues yo creo que se hallan en grave peligro.

—¿Por qué piensa eso?

—Por lo que acabo de relatarle.

—Pero eso pasó hace más de cuarenta años...

—La primera vez que oí hablar del Proyecto Medici manifesté mi oposición. Comunicué a las autoridades de la Universidad de Pisa que financian el equipo mi convicción de que una persona o un grupo de personas no deseaba que se molestase a los cuerpos. Nadie quiso escucharme.

—Entiendo por qué puede que se mostrasen escépticos —admitió Jeff.

—Ciertamente. En aquel momento no pude aportar nada que les hiciera verme de otro modo, aparte de como un chiflado.

—Pero ¿ha hablado usted con el equipo?

—Por eso es por lo que he acudido a usted, señor Martin. El profesor Mackenzie ni siquiera accede a atenderme. Ya tienen su cupo diario de manifestantes, gente como el padre Baggio. ¿Ha oído hablar de él?

Jeff asintió. Sporani le dedicó una mirada penetrante.

—Su vieja amiga, Edie Granger... Usted sabrá por ella que el profesor Mackenzie es un hombre arrogante. Pero es preciso que alguien le convenza para que reconsidere su trabajo en la capilla.

Lo de Jeff y Edie era una larga historia. A decir verdad, ella era su mejor y más antigua amiga. Se habían conocido en la universidad y, aunque desde aquel entonces cada cual había seguido por derroteros muy diferentes, habían mantenido una estrecha amistad. Cuando se conocieron, ella era una gótica de dieciocho años que llegó a obtener matrícula de honor en química y patología, antes de completar un doctorado en paleontología. Sus amigos bromeaban con que estaba perpetuando el negocio de la familia; tanto su padre como su madre habían sido arqueólogos.

—Sólo he visto al profesor Mackenzie unas cuantas veces. En realidad, sólo le conozco por su reputación.

—Sí, claro, el mundialmente famoso paleontólogo, algo así como una celebridad en nuestros días, el hombre al que su revista *Times* apodó «El detective de las momias». A lo mejor es demasiado importante para hablar conmigo, motivo por el cual acudo a usted. Es la única persona capaz de convencerles del peligro al que se enfrentan.

Jeff se quedó mirando a Sporani y sacudió lentamente la cabeza.

—Odio tener que sacarle de su ilusión, señor Sporani, pero está usted bastante equivocado. Yo no puedo hacer nada. Además, no estoy seguro de que sus temores estén justificados.

—¿Ah, no?

—Pues, mire, no. Creo en su historia, pero aquello sucedió

hace mucho tiempo. A lo mejor los dos tipos que se colaron en su casa eran simplemente unos ladrones, y supieron comprar su silencio.

—Tal vez —replicó Sporani, clavando a Jeff una intensa mirada—. Pero hace un año, antes de que mi Sophia muriese y poco después del anuncio del plan de exhumación, recibí esto.

Sporani tendió un sobre a Jeff. De su interior, éste sacó la única hoja de papel que contenía y leyó el siguiente breve mensaje: DETENGA A SUS AMIGOS. NO PERTURBEN LAS TUMBAS DE LOS MEDICI. PUEDE QUE SU HIJO HAYA MUERTO, PERO SU MUJER VIVE AÚN.

Durante la mayor parte de la noche, Jeff fue incapaz de conciliar el sueño. Y antes del alba estaba en pie y vestido. Estaba preparando una cafetera bien cargada cuando entró Rose bostezando y con la melena hecha una maraña rubia.

—¡Está vivo! —Jeff sonrió de oreja a oreja.

—Ella hizo una mueca y se frotó los ojos.

—¿Siempre te levantas tan temprano, papá?

—Sólo cuando me paso la noche entera de marcha.

Rose se sobresaltó por un instante y entonces cayó en la cuenta de que su padre estaba tomándole el pelo. Desarmaba con su sonrisa, una sonrisa que —pensó Jeff— la hacía parecerse a su madre. Pero apartó aquellos dolorosos recuerdos. Oyeron a Maria enchufar el aspirador en el pasillo. La señora asomó la cabeza por la puerta y dio los buenos días antes de comenzar las faenas del día.

—Cuando más me gusta esta ciudad es cuando no hay gente pululando, Rose —dijo Jeff, y dio un trago largo a su café—. Un psiquiatra podría extraer de eso algunas conclusiones alarmantes, pero es lo que hay. —Se puso una cazadora marrón—. Toma algo de café. Y he puesto un par de cruasanes a calentar en el horno.

—¿Adónde vas?

—Tengo cosas que hacer.

Bajó en el ascensor, cruzó el vestíbulo de suelo de mármol, saludó al adormilado portero y salió al estrecho pasadizo que quedaba a la espalda del edificio. Al doblar la esquina, estuvo a

punto de tropezar con un cuerpo tendido en la penumbra. El hombre gimió y se incorporó con sorprendente velocidad.

—Ah, mi amigo Jeffrey —dijo el tipo con una voz ronca y de acento muy fuerte.

—Dino. No es el día en que habitualmente te dejas caer por aquí.

Dino se frotó los ojos.

—Voy cambiando la rutina. Así los turistas están más al loro —replicó, acompañando sus palabras con una torcida sonrisa forzada.

Dino llevaba viviendo en la calle desde que Jeff se había instalado en San Marcos. Durante su oscura etapa inicial en Venecia, cuando abandonó su antigua vida en Inglaterra, Jeff había trabado amistad con el hombre, al que invitaba a tomar café y un bocadillo. En esas ocasiones Dino le había revelado algunos episodios de su biografía. Su huida de Kosovo después de que mataran a su mujer y a su pequeña. La había enterrado, cavando con las manos desnudas, y se había puesto en camino hacia el oeste sin otra cosa que la ropa que lo cubría. Antes de la guerra había sido profesor de matemáticas en Pristina. Ahora vivía de los pocos euros que los ricos turistas americanos se dignaban ocasionalmente tirarle.

38

Dino seguía una rutina de acuerdo con la cual se presentaba en San Marcos una vez por semana, después de haber recorrido toda una lista de puntos calientes turísticos los días anteriores. Y Jeff siempre le ofrecía un puñado de euros o le invitaba a café. En cierto sentido, tenían un vínculo en común: los dos eran exiliados, hombres que habían cruzado el velo de la vida normal. Dino era profundamente religioso y creía con toda su alma que simplemente estaba cumpliendo el tiempo que le correspondía vivir aquí en la tierra, y que volvería a ver a su familia de nuevo en un mundo mejor. Jeff, ateo confeso, tenía sus propias ideas al respecto, pero comprendía que la mera existencia de su amigo era de gran ayuda para él, pues constituía un constante recordatorio de que su propia hija, Rose, estaba bien viva y coleando.

—Toma, Dino —dijo Jeff, tendiéndole unos billetes absolutamente nuevos—. Cómprate algo de comer. Yo tengo que irme. Hablamos la próxima vez, ¿vale?

Dino cogió el dinero y estrechó la mano de Jeff.

—Que Dios te bendiga —dijo con una sonrisa.

Una luz anaranjada se extendía en el cielo por el este cuando Jeff entró en San Marcos a zancadas, y unas sombras alargadas cubrían de franjas la Piazza. Al llegar a la Torre Dell' Orologio inició un trayecto zigzagueante, entrando por la calle Larga para girar a la izquierda en la calle dei Specchieri. No había un alma, los comercios estaban cerrados. Jeff casi pudo imaginar que toda la población del planeta había sido exterminada y que era el último hombre que quedaba para recorrer a solas esos silenciosos callejones. Pero enseguida estaba pasando el río San Zulian, donde se cruzó con una señora que llevaba un perrillo minúsculo con su correa. Entre sus labios de brillante carmín sujetaba una fina boquilla negra que no se quitó ni para reñir al chuchó por entretenerse en una farola. La ceniza de su cigarrillo cayó al adoquinado. Detrás de ella venían andando dos señoras de mediana edad, de tez ajada y ojos cansados. Las dos tenían un aspecto extremadamente gris, salvo por los pañuelos multicolor con que se tapaban el cabello y la frente hasta las cejas.

39

Cuando llegó al Rialto el sol asomaba, transformando las aguas del Gran Canal en una paleta pastel. Por debajo del puente pasó un vaporetto abarrotado de pasajeros madrugadores. El puente en sí estaba prácticamente desierto; detrás de los cristales protegidos con rejilla podían verse camisetas con góndolas y baratas máscaras de carnaval. Hacía tiempo que Jeff había concluido que Venecia era, como a él le gustaba llamarla, un «amplificador de sentimientos»: si estabas feliz, te hacía sentir más feliz, y si estabas deprimido, era capaz de hundirte todavía más. De un modo u otro, Venecia siempre había sido un sitio especial para él y para su ex mujer. Habían venido cuando contrajeron matrimonio. Hinchidos de confianza e impulsados por la boyante situación del mercado de valores, habían comprado el apartamento de San Marcos. Pero también en Venecia era donde Jeff se había enterado de la infidelidad de Imogen.

Habían dejado a Rose en Londres con la niñera y habían cogido un avión a Venecia para pasar aquí dos noches. La tarde de su llegada se fueron directamente a cenar al Danieli; fue un gesto típicamente extravagante, pero en aquel entonces Jeff vi-

vía a lo grande el fastuoso estilo de vida al que había llegado ya a acostumbrarse. Al volver por la Riva Degli Schiavoni, pasaron por el piano bar del Monaco y allí Imogen le contó que estaba liada con otro. A la mañana siguiente ella cogió el avión para Inglaterra. Él prefirió quedarse un poco más; necesitaba tiempo para pensar, para tratar de asimilar la noticia.

Solo y rota ya su pareja, Venecia se transformó para él en una ciudad de fantasmas. Notó que perdía el contacto con la realidad. Se quedaba metido en la cama, en su apartamento, dándole vueltas al asunto con el corazón y con el alma, tratando de entender en qué se había equivocado.

Se sentía mal por él, por supuesto, pero sobre todo le preocupaba Rose y estaba furibundo contra Imogen por haber roto su familia en dos. La ira se apoderó de él y le volvió estoico, y él mismo se sorprendió de su crueldad. Nada más volver a Inglaterra, planteó la demanda de divorcio y anestesió cualquier sentimiento que hubiera tenido antaño hacia su pérfida esposa.

40 A veces se preguntaba si habría sido buena idea regresar a la ciudad en la que su mundo se había venido abajo, pero quería demasiado este lugar como para dejarlo escapar. No podía culpar a Venecia de lo que le había hecho su mujer. En la primera época, poco después del divorcio, se había pasado largas noches paseando por el vacío laberinto de Venecia escuchando a Samuel Barber y a Tom Waits en su iPod, y preguntándose si alguna vez volvería a ser feliz.

Edie, su vieja amiga, le había ayudado a salir adelante. Se había tomado un período de permiso para estar junto a él en Venecia. Le había obligado a ir a restaurantes, le había hecho hablar y había racionado la cerveza que él hubiera bebido como si fuese agua. El vínculo que los unía se hizo más fuerte que nunca. Jeff sabía que Edie sentía absoluta indiferencia por Imogen. Nunca había dicho una sola palabra en contra de su ex mujer, pero conocía tan bien a Edie que en ocasiones casi se entendían por telepatía. Imogen había estado celosa de su relación, sin lugar a dudas, pero no tenía por qué. Edie era su amiga más querida, se querían como hermanos; Imogen había sido su mujer y él la había amado durante un período de su vida.

Al pensar en Edie, se le vino a la mente lo sucedido la noche anterior y el extraño personaje de Mario Sporani. El hom-

bre estaba convencido de que Jeff podría de alguna manera hablar con Edie para que influyese en Carlin Mackenzie, y estaba totalmente seguro de que el equipo que trabajaba en la Capilla Medici corría un peligro real. El viejo se había marchado poco después de mostrarle aquella extraña nota, pues había declinado su invitación a pasar la noche en su casa. Jeff le había prometido, no muy convencido, que consultaría con la almohada la idea de hablar con Edie. Sporani estaría por Venecia un par de días y Jeff había aceptado su proposición de quedar a tomar un café antes de que abandonase la ciudad. Ahora no sabía qué pensar de todo aquello. No podía evitar preocuparse por Edie, pero ¿no sería, en realidad, una chifladura? Sólo los chalados devotos creían que exhumar a los Medici traería problemas. Seguro que Sporani estaba en un error, que era todo fruto de su fantasía. Quizás el haber perdido a sus seres queridos le había afectado la razón.

Bajó por el brazo norte del Rialto e inmediatamente dobló a la derecha para cruzar por el Mercato del Pesce, el mercado de pescado. Le encantaba ese lugar, le gustaba hasta el fuerte olor del pescado al ser destripado por los hombres, ataviados con sus mandiles blancos y sus botas de caucho. En cada puesto del mercado podía ver bandejas repletas de calamares cual sesos distendidos, de cangrejos chasqueando al aire las tenazas en un intento por llegar a un lugar que jamás encontrarían, y atunes enteros luciendo en el lomo el nombre del pescadero que los haría rodajas para alimentar a treinta familias. Detrás de los puestos de pescado había hileras y más hileras de mostradores cargados de frutas y verduras, y detrás de éstos, puestos de flores, una explosión de color de absolutamente todas las tonalidades imaginables.

A Jeff le encantaba cocinar y éste era su lugar predilecto para la compra de productos frescos. Todos los tenderos le llamaban por su nombre de pila. Eran muy chistosos y a lo largo del último año le habían enseñado un auténtico catálogo de coloquialismos y frases obscenas.

Se paseó tranquilamente por los puestos seleccionando las mejores piezas de pescado que pudiera encontrar: unos filetes de trucha que sabía que a Rose le iban a chiflar. A continuación eligió unos calabacines, unas berenjenas, champiñones y unas

patatas nuevas. A los quince minutos de haber entrado en el mercado, había terminado sus compras y tenía dos bolsas de plástico llenas de todo lo que iba a precisar para la cena de esa noche.

El día había roto del todo cuando salió del mercado. La gente empezaba a abarrotar las calles y la luz había transformado la anterior atmósfera taciturna en el fulgor de una verdadera mañana. Era hora de tomarse un café y tal vez incluso un aperitivo.

Dejó las bolsas de la compra junto a una mesa e hizo una seña al camarero para que se acercase a tomarle nota. Fue entonces cuando reparó en la televisión del rincón del fondo, elevada sobre una repisa de madera. Se veía el telediario, pero el volumen estaba muy bajo. Una imagen de un tanque en plena explosión y de los rostros de unos soldados recién acribillados. A continuación el presentador desde el plató pronunció unas palabras inaudibles y la imagen cambió. Llegó el camarero con el café y con un par de galletitas en el platillo. Jeff dirigió la vista de nuevo hacia la pantalla del televisor: ahora se veía una franja de color en la parte inferior de la imagen y Jeff pudo leer que ponía *CAPILLA MEDICI, FIRENZE*. Por encima del rótulo, la imagen de una sala escasamente iluminada. Al instante se dio cuenta de que se trataba de la cripta de la capilla. Entonces, la imagen se deshizo y dejó paso a una foto de primer plano del profesor Carlin Mackenzie.

42

Jeff sintió un repentino espasmo en la boca del estómago. Estaba a punto de llamar al camarero para que subiese el volumen del televisor cuando la imagen de la pantalla se desvaneció y en su lugar apareció una fotografía de Downing Street. Metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono. Pulsó las teclas. Su mente trabajaba en modo automático. Dio con el Servicio de Noticias de la BBC por Internet. Volvió a teclear para abrir la pantalla de «Última hora» y leyó a toda velocidad el avance de la noticia. Sólo cuando terminó de leer la última frase se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Capítulo 4

Floencia, 4 de mayo de 1410

Cosimo de' Medici contempló con espíritu crítico su reflejo en el pequeño espejo de su alcoba. Era un joven feo y lo sabía. No le habían tocado en suerte los densos rizos rubios de su mejor amigo, Ambrogio Tommasini, ni podía aspirar a nada que se pareciera a la cincelada nariz de éste, a su frente amplia, a sus ojos en ocasiones insondables, con sus largas pestañas. El rostro de Cosimo era una extraña combinación de rasgos dispares: un mentón protuberante, unos labios finos y una nariz carente del más absoluto atractivo. Valga reconocer que sus ojos eran grandes y de forma bonita, pero cada uno era de un tamaño ligeramente diferente y estaban dispuestos sin la menor precisión a ambos lados de la nariz. Pese a hallarse apenas en los albores de los veintidós años, sus cabellos eran ralos y su tez amarillenta. Pero entonces sonrió levemente y su semblante se modificó al instante. No dejaba de ser feo, pero a sus ojos asomó una luz nueva, y aunque las repentinas arrugas que se le formaron en las cuencas de los ojos le añadían diez años, transmitían también calidez. Se sintió a gusto con el rostro que le miraba desde el espejo; en esos momentos no habría cambiado su singular cara por la imponente belleza de Ambrogio. Cogió del lecho su *lucco*, la rica saya talar color rojo carmesí que usaba a diario, y se lo puso metiendo las manos por las mangas y dejando que los majestuosos pliegues de la tela se frunciesen exuberantemente alrededor de las muñecas. Un minuto después salía por la puerta.

La casa estaba sumida en el silencio. Sus pasos resonaron por el pasillo y a continuación descendió por la ancha escalinata de piedra en curva. Pero cuando Cosimo se detuvo en el vestíbulo le llegaron los sonidos de la gente que pasaba por la calle y, más allá, el ruido de los cascos sobre los adoquines del empedrado.

Cosimo encontró a su madre, Piccarda, sentada en el cuarto de costura, situado cerca de la entrada de la casa. Habían abierto totalmente las cortinas y la luz del día entraba a raudales por entre los postigos, bañando la estancia con unas franjas anchas color limón. Lorenzo, su hermano de seis años, jugaba con uno de los gatos. Olomo, el niño esclavo negro, recientemente traído desde Lisboa, recogía la ceniza de la chimenea, barriéndola en dirección a un gran cubo de madera volcado en el suelo. Entre escobazo y escobazo, dibujaba un amplio arco con el cepillo para intentar espantar a un gatito blanco y marrón empeñado en deshacer y en dispersar el montículo de polvo gris que él con tanto cuidado había formado con la ceniza de la chimenea.

44

—He de ver a padre a la hora octava —anunció Cosimo a su madre.

—Pero el desayuno, Cosi.

—Pararé a tomar pan por el camino. Llego tarde.

Besó a su madre en la mejilla. Lorenzo vio a su hermano y echó a correr hacia él. Cosimo alborotó el pelo del chiquillo. Luego, le cogió en volandas y dio varias vueltas.

—¡No te olvides de nuestro juego de pelota después, Cosi! ¡Recuerda que me lo prometiste! —exclamó Lorenzo entre chillidos.

—¿Cómo iba a olvidarme de un compromiso así de importante? —Dejó a su hermano de nuevo sobre la alfombra, le besó en la coronilla, se despidió de su madre con un gesto de la mano y se marchó.

Los Medici vivían en una casa grande pero más bien sencilla, sita en la Piazza del Duomo, y las ventanas de la planta superior de la fachada principal ofrecían unas vistas espectaculares de toda la ciudad mirando hacia el Ponte Vecchio. El primer plano lo ocupaba el coloso inacabado del Duomo, mientras que al fondo se veía la catedral de Santa Maria del Fiore, embutida en una armazón de andamios de madera.

Las calles aledañas al Duomo bullían ya de actividad. Nada más salir a la *piazza*, Cosimo esquivó velozmente a un hombre que tiraba de una carreta cargada de verduras hasta los topes y giró hacia el sur para tomar la Via dei Calzaiuoli en dirección al río y al barrio de los bancos, cuya arteria principal era la Via Porta Rossa, donde trece años antes su padre, Giovanni di Bicci, había fundado el banco Medici. El aire estaba cargado de una profusión de olores: la punzada ácida procedente de las curtidurías y el fuerte olor a amoníaco de las tripas de pescado chocaban con el delicioso aroma del pan recién horneado. Pero Cosimo era casi totalmente indiferente a los olores. Había nacido a pocos metros de allí un día en que esos mismos efluvios flotaban en el ambiente, para él eran tan naturales como el immaculado cielo azul que se veía por encima de las torres, como las cubiertas de teja y como los adoquines de la calle que pisaban sus pies.

Alzó la vista y vio una figura de aspecto orondo y recio sacudiendo una sábana mientras la prendía con pinzas a una cuerda fina por encima del balcón. Desde el interior de la casa le llegaron los gritos de alboroto de unos niños, un estrépito y a continuación la reprimenda de un adulto. Cosimo se sonrió y apretó el paso; al fin y al cabo, llegaba tarde.

Unos metros más, y pudo ver el río refulgiendo al sol de la mañana. Justo delante estaba el Ponte Vecchio, con sus comercios y sus casas apiñados encima, los curtidores, los fabricantes de portamonedas y un puñado de carniceros. El puente estaba ya atestado de gente dedicada a adquirir o regatear el precio de una elegante bolsa para monedas o de una ijada de venado. Sobre las aguas del río una pequeña gabarra se acercaba al muelle. Un muchacho tocado con una gorra negra de fieltro y vestido con unas calzas desastrosamente desgarradas se tumbó en la proa y lanzó un cabo, que amarró con gran pericia al primer intento. El muchacho gritó algo ininteligible al hombre que estaba al timón y a continuación corrió a popa para asegurar ese extremo de la embarcación.

Cosimo dobló a la derecha para enfilear la Via Porta Rossa, e inmediatamente vio la magnífica fachada de la casa de banca. Tal como sucedía la mayor parte de los días, una pequeña muchedumbre se apelotonaba fuera, pululando de un lado a otro.

Ante unas mesitas de madera cubiertas de paño verde se sentaban unos hombres ataviados con formales chaquetas negras abotonadas hasta el cuello. En torno a cada mesita se amontonaba un pequeño grupo de personas, impidiendo a los hombres que estaban delante mantener una conversación como es debido con los empleados sentados. En las mesas se veían plumas y tinteros, tacos de pagarés y montoncitos de monedas apiladas. Detrás de cada mesa había un guardia armado: cada uno empuñaba una pica y observaba aquellos ansiosos rostros, deseando poder entrar en acción.

Cosimo pasó por delante de las mesas y de los clientes arremolinados en torno a ellas, subió los seis escalones de piedra de la entrada al banco e hizo un gesto de asentimiento hacia los guardias que vigilaban las puertas, quienes le abrieron paso al majestuoso vestíbulo que había detrás.

46 Dentro el aire era fresco. Sus pisadas resonaron contra el liso suelo de piedra. A ambos lados había otras mesas, más grandes que las de fuera, y las figuras elegantemente vestidas que las presidían parecían más importantes que los hombres que desempeñaban un trabajo similar en el exterior del edificio. Cosimo pasó entre las mesas sin mirar a los clientes y subió otro pequeño tramo de escaleras, por el que se accedía al entresuelo. Una vez arriba, giró a la derecha y enfiló por un pasillo en dirección a un par de pesadas puertas de madera. Llamó con los nudillos y, al no recibir respuesta, llamó de nuevo.

—¿Quién es?

—Tu hijo, Padre.

—Entra.

Cosimo empujó la puerta y entró en una sala amplia de techo bajo, vacía salvo por un macizo escritorio de madera y dos sillas, una grande detrás del escritorio y una más pequeña delante. El padre de Cosimo, Giovanni di Bicci, caminaba en dirección a él con los brazos abiertos. Vestía las prendas formales propias del gremio: una toga roja y una gorra del mismo color.

—Entra, hijo mío —dijo con voz cálida y amable—. ¿Has comido? ¿Te pido alguna cosa?

Cosimo miró a su padre a la cara. Hacía poco que había cumplido cincuenta años, pero parecía mayor, más estropeado. La suya era una cara retorcida. Como ocurría con la de su pri-

mogénito, en ella nada encajaba como debía: cada rasgo estaba ligeramente mal colocado, creando una asimetría nada atractiva. Pero los intensos ojos negros de Giovanni, su ceño preocupado, el perfil de su mandíbula, expresaban cada uno de ellos diferentes aspectos de su personalidad con insólita claridad.

—No, gracias, Padre —respondió Cosimo, y mientras Giovanni regresaba a su silla detrás de la mesa el joven tomó asiento en la otra. Apoyó las manos en el regazo y dedicó una mirada intensa a su padre, esperando a que tomase la palabra.

Giovanni tenía un cuenco de fruta a medio terminar encima del escritorio, delante de él. Lo había puesto encima de un montón de papeles y el jugo había manchado lo que a Cosimo le parecieron documentos oficiales de algún tipo. Antes de retomar la palabra, el viejo clavó un tenedor de plata en un gajo de naranja y se llevó a la boca el rezumante pedazo de fruta, para a continuación limpiarse la barbilla mojada con el dorso de la mano.

—Supongo, Cosimo, que estarás preguntándote por qué te he pedido que vinieras hoy aquí —dijo en tono recitativo, pronunciando la frase lentamente, al tiempo que fijaba los negros ojos en su hijo. Se inclinó entonces hacia delante en busca de un trozo de crujiente pera color verde claro y lo pinchó con su tenedor.

—Bueno, terminé mis estudios hace dos semanas, Padre. Imagino que te gustaría sopesar mi valía aquí en el banco.

Giovanni sonrió cálidamente.

—Lo dices como si fuera yo un ogro. ¡Dos semanas y pasas a ser mi esclavo!

Cosimo le devolvió la sonrisa, pero por dentro se sentía mal. Su padre podía hacer broma de aquello, pero él sabía que el tiempo de su libertad estaba próximo a finalizar y que nunca más retornaría a la vida de estudio y contemplación que había disfrutado.

—En realidad, tengo noticias que pensé que podrían llenarte de entusiasmo.

—¿Sí?

—Lo he organizado todo para que comiences una gira por las sucursales de nuestro banco.

—¿Una gira?

—Sí. Evidentemente, no abarcará las treinta y nueve ofici-

nas. Pero será un viaje que te permitirá visitar todas nuestras sucursales en Italia. Irás a Génova, a Venecia y a Roma. Será una forma maravillosa de que aprendas más acerca del negocio de los Medici.

Cosimo hizo todo lo posible por manifestar su agrado por aquel gesto, pero notó perfectamente cómo se desmoronaba por dentro.

—Pareces contrariado, Cosi.

Cosimo tenía la mirada perdida en el infinito, viendo ya su nueva vida, pasando ante sus ojos a toda velocidad su nueva profesión, decidida de antemano por otros.

—¿Cosimo?

—Disculpa, Padre. Sí, una gira.

—Digo que te veo contrariado.

Cosimo aguardó un segundo eterno antes de responder. En esos momentos era evidente que dijera lo que dijese no tendría mucha repercusión, excepto la de complicar las cosas.

—No estoy contrariado, Padre, sólo me siento un poco... bueno, un poco... ¿apremiado?

48

Giovanni dejó el tenedor en el cuenco y se apoyó en el respaldo de la silla. Una vez más, clavó en su hijo sus ardientes ojos negros. Cosimo sabía que su padre era un hombre al que le importaban las personas, un hombre afectuoso. Sabía que todos los que hacían negocios con él respetaban y admiraban al hombre que había empezado desde una posición humilde para convertirse en uno de los banqueros de más éxito de Italia. Pero Cosimo sabía también que su padre poseía una voluntad de hierro y que, si quería algo, se ocupaba de que se hiciera realidad. Creía saber lo que más convenía a su familia y al futuro de la dinastía que había fundado. Cosimo había disfrutado de libertad y de la exaltación de la juventud, pero le había llegado la hora de asumir el pesado manto de la madurez y de la responsabilidad. Por su parte, Giovanni no aprobaba del todo el grupo de amigos del que Cosimo se había rodeado a lo largo del último año o dos. Para él, tipos como Ambrosio Tommasini o aquél otro al que su hijo parecía especialmente unido, Niccolò Niccoli, desprendían un inconfundible aroma a subversión. Giovanni no comulgaba con muchas de las nuevas ideas humanistas de la generación más joven.

—Creo que ya es hora, Cosimo. Hora de que adoptes el papel que te ha sido preparado. Eres un Medici, eres mi hijo mayor. Has demostrado tu valía como erudito, ahora debes empezar a mostrar al mundo tus otras muchas cualidades.

—Pero, Padre, yo esperaba...

—¿Deseabas pasar el verano en los jardines del placer o haraganeando en compañía de tus amigos?

—Haraganeando no, padre, discutiendo y debatiendo. Seguro que...

—Hijo mío —replicó Giovanni, conservando a duras penas la paciencia—. Comprendo esos impulsos. También yo en su día ansíe profundizar en el mundo del intelecto, como haces tú, pero pronto me llegaron las responsabilidades y he de decir que treinta años después no me arrepiento del camino que tomé. ¿No deseas encontrar esposa, crear una familia? ¿No deseas tener independencia y desempeñar un papel en la expansión del negocio familiar... de este gran banco? Creía que sí.

Cosimo sabía que su padre le estaba manipulando y no se hacía ilusiones acerca de quién iba a ganar la discusión. Si le hubiesen preguntado por la importancia literaria de Dante ante un vino, habría tenido alguna posibilidad. Pero sobre este tema, y contra la férrea voluntad de su padre, Cosimo se encogió como una flor bajo la escarcha.

—Naturalmente, Padre. Sólo pensaba que...

—Entonces, muy bien. Me ocuparé de todo lo necesario —le interrumpió Giovanni, e hizo como si rebuscase algo entre los documentos de su mesa—. Creo que te resultará una experiencia de lo más enriquecedora, hijo mío.

Capítulo 5

Londres, junio de 2003

50

Sean Clifton, el especialista en el Quattrocento italiano de Sotheby's, bajó en el ascensor de seguridad a las cámaras subterráneas de las oficinas de la casa de subastas, en el barrio de Mayfair. Siguió al vigilante en silencio por el pasillo intensamente iluminado, con el eco de sus pisadas contra el suelo de cemento, hasta la puerta de la sala de documentos provista de aire acondicionado, y aguardó a que el hombre teclease su código de seguridad en el sistema de cierre electrónico. A continuación, el vigilante hizo pasar el ordenador y el maletín por la cinta de seguridad y, acto seguido, abrió completamente la pesada puerta de acero para permitir a Clifton comenzar su trabajo.

Una vez en la sala y solo, Clifton se relajó y se dispuso a acometer la tarea que tenía por delante. Una de las frecuentes obligaciones de su trabajo consistía en autenticar y evaluar documentos antiguos de muy diversa índole. Ante sí, sobre la mesa, tenía un hallazgo único: una colección recientemente descubierta de insólitos rollos pertenecientes al gran humanista del Renacimiento Niccolò Niccoli.

Antes de empezar, Clifton se puso unos guantes blancos de lino, carraspeó sin el menor ruido y se acomodó en su silla. Entonces, examinó la colección de manuscritos, dispuesta en dos pilas diferentes. A la izquierda, un montón de documentos sueltos y sin atar, y a la derecha un conjunto de rollos atados

con una cintita roja. Se inclinó hacia delante, apartó el montón de pliegos sueltos y empezó a abrir el primero de la pila de rollos perfectamente atados y organizados.

Sentado a su mesa, guardaba un absoluto silencio. El único sonido que se oía en la sala era el que él mismo producía al inspirar y exhalar, al mover papeles de un lado a otro y al acomodarse en la silla o teclear de tanto en tanto en su portátil, para redactar el informe sobre el archivo Niccoli y calcular el precio de subasta.

Tenía que leer despacio, dadas las características de la escritura, y en algunos sitios el texto resultaba apenas legible. Llevaba leídas seis páginas de apretado texto, y había empezado a trasladarse al universo de hacía seis siglos y de los pensamientos de uno de los viajeros más aventureros del siglo XV, cuando llegó la revelación. Tiempo después lo recordaría como la repetición a cámara lenta de un grandioso momento deportivo. El meollo de la colección estaba compuesto por tres volúmenes de diarios, manuscritos y fechados en 1410, en los que Niccolò Niccoli ofrecía la detallada crónica de un viaje desde Florencia hacia el este, a Macedonia. La narración recogía sus alegres correrías, una aventura llena de color y entusiasmo. Pero el viaje parecía no tener un propósito específico. Entonces, al pasar una página, a Clifton le dio un vuelco el corazón. Confundido, hizo una breve pausa y entonces empezó a leer lo más rápido que pudo.

Era como si el autor se hubiese cansado de su propio relato y hubiese cambiado de marcha de repente. O tal vez había caído presa del delirio y se había puesto a describir una fantasía. Era algo de lo más extraordinario. Niccoli era famoso por su racionalidad y por su devoción al estudio y a las artes. Entonces, ¿a qué obedecía todo aquello? ¿Había sufrido el erudito un pasajero ataque de locura? Lo que de pronto había empezado a describir no guardaba relación alguna con la realidad del siglo XV.

La sorpresa duró sólo unos instantes, antes de quedar sustituida por un sentimiento muchísimo más fuerte, algo que Clifton no habría imaginado jamás. A lo largo de los quince años que llevaba dedicado a estudiar documentos de valor incalculable y antigüedades nunca antes vistas, jamás había sentido la tentación de apartarse del buen camino. Pero ahora,

viendo aquellas extraordinarias páginas, se sintió completamente abrumado.

Acercó el escáner que tenía conectado al portátil y rápidamente lo pasó por cada una de las páginas que tenía delante para guardar la información en el disco duro. Sin plantearse ni por un instante lo que estaba haciendo, devolvió los documentos a su posición anterior, apagó el ordenador y salió de la habitación. Al otro lado de la puerta de la cámara, Clifton atravesó el arco de rayos X del puesto de seguridad, siguió al vigilante hasta la superficie y abandonó el edificio, embriagado de emoción ante las expectativas.